

TÍTULO: *Cinco panes de cebada*

AUTOR: Lucía Baquedano

COLECCIÓN: Gran Angular

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Tenía entonces solo veintiún años, y por eso quizá me sentí tan decepcionada cuando supe que mi destino era un pueblo

Yo siempre había soñado con una escuela tan diferente... La veía moderna, bien instalada, alegre... Pero la vida es así.

-Ni siquiera viene el nombre del pueblo en la Enciclopedia. Debe de ser una birria - dijo mi hermana Sylvia, dejando así mi moral por los suelos.

Mi madre, como siempre, me animó.

-El sitio es lo de menos. Lo importante es que te sientas a gusto, y que la gente te quiera... Para ser feliz, ¿qué más da que el lugar sea grande o chico?

Pero yo pensaba de muy diferente manera. Creía que para mandarme a un sitio así, no era necesario que me hicieran un examen tan duro, ni aquel curioso test, que dio como resultado que yo me encontraba plenamente capacitada para dirigir una escuela de ciento setenta niños.

Si tan bien lo hice todo que incluso merecí la felicitación del tribunal, ¿por qué ahora me daban una escuela en un pueblo tan pequeño? ¿Cuántos alumnos tendría? ¿Tal vez nueve?

Debí hacer estas reflexiones en voz alta, porque Sylvia se rió.

-El trabajo te dejará agotada, pero no te preocupes. A ti siempre te ha gustado escribir y los ratos libres puedes dedicarlos a eso. Sería buenísimo que salieras de casa como maestra rural y volvieras con un premio literario bajo el brazo, ¿no te parece?

Pero yo no estaba para bromas. El pueblecito aquel se me había atragantado, y estaba segura de que iba a ser algo horrible.

Lo noté en cuanto llegué a la estación y localicé el autobús rojo y azul, sin duda contemporáneo de Godoy, lleno de viajeros, y con el techo repleto de cestas, escobas, un cochecito de bebé, enormes fardos de plantas, un colchón y montones de cajas de cartón atadas con cuerdas.

Pregunté a una mujer si aquél era el coche que iba a Beirechea, con la esperanza de que me dijera que no, pero me contestó afirmativamente, en un intervalo de su discusión con el cobrador que pretendía subirle a la baca una enorme maleta atada con cuerda de esparto, a la que ella se aferraba como si en ello le fuera la vida.

-Que sí, Perico... Que te digo que sí... -decía, creyéndose graciosísima y haciendo señas a su robusto chiquillo, que se había sentado cómodamente con los pies en el otro asiento, para que le ayudara a colocar debajo la preciosa maleta.

Me quedé en pie en aquel pasillo horrendo y esperé resignada a que el autobús se pusiera en marcha, si es que aún andaba aquel trasto... Y anduvo, claro. Yo soy así de desgraciada.

Y me despedí entonces de mi agradable vida de chica de ciudad. Lo último que vi de ella fue la sonrisa de mi madre, que agitaba la mano, y sus ojos llenos de lágrimas. Sentí un nudo en la garganta y apreté los puños con fuerza.

Muy cerca de mí, la dueña de la maleta explicaba a todo el que quisiera escucharla que no dejaba nunca el equipaje arriba porque sabía de una a la que, por confiada, le habían robado un abrigo que valía buenos duros.

El autobús trotaba ya entre una alarmante nube de humo. Una mujer que llevaba una cesta con dos gallinas me dijo que me sentara y me ofreció un pedazo de asiento en el que sólo cabía una pierna.

Fue un consuelo para mi soledad, y se lo agradecí mucho, quedando así aprisionada entre la cesta y una chica de mi edad, bastante mona, pero que tenía pinta de empezar a marearse.

En el asiento delantero un chico, con la frente llena de mercurio, gritaba desesperadamente para que su madre le diera no sé qué llevaba en el bolso, y un niño de meses completó el cuadro haciéndose pis. ¡Pues vaya un balance!

El autobús, más que rodar, brincaba, y yo procuraba encogerme por no aterrizar encima de las gallinas o sobre la chica, que debía de estar ya fatal, la pobre.

¡Uf, y qué calor tan sofocante! Entre una cosa y otra, yo estaba hecha polvo.

Cada vez que veía un pueblo bonito, deseaba que fuera el mío, pero no tuve suerte. El autobús paraba, sí, pero siempre era para recoger a más viajeros que entraban como podían, quedándose de pie por el estrecho pasillo.

-¿Así que sube usted hacia Beirechea? -dijo la de las gallinas, después de contar por tercera vez el dinero que llevaba en el monedero.

-Sí, señora -contesté con una voz tan triste que el mismo Herodes se hubiera enternecido.

Uno de los chicos que iba de pie me lanzó una mirada curiosa, que abarcaba toda mi anatomía, y yo noté que me ponía colorada como un tomate, y que mi frente y mis manos estaban húmedas.

Otro pueblo... Otro... Otro...

El calor era cada vez mayor, y yo ya no podía parar. Lo curioso es que nadie se quejaba. Aquella gente aceptaba todas aquellas incomodidades con extraña filosofía...

¿O es que eran sólo figuraciones mías?

Ofrecí mi fragmento de asiento a una mujer que subió con un niño en brazos, y yo quedé instalada entre una cesta de dos tapas y las barras metálicas que separan el asiento del conductor.

¿Cuándo llegaríamos?

Sentí horror, porque por primera vez en la vida me estaba mareando en aquel puerto de cerradas curvas, y cuanto más lo pensaba peor me iba sintiendo, y más fuerte me atacaba la antipatía por aquel odioso pueblo...

El señor de la derecha tenía una mano vendada y olía a sala de espera de hospital... ¡Huy, qué malísima estaba!...